

De panfletos y textos científicos y filosóficos: respuesta a José Antonio Pascual

José A. Tapia Granados*

En su interesante artículo «Sobre la dudosa claridad de algunas palabras: a propósito de los neologismos de la filosofía» (*Panace@*, vol. IV, núm. 13-14) dice José Antonio Pascual que los panfletos y los textos científicos tienen un aspecto común, a saber, que el autor cuenta con la existencia de una amplia base de coincidencias con los potenciales lectores.

Es comprensible [...] que cuando el escritor se apoya excesivamente en las presuposiciones compartidas con el lector, desatienda el cuidado de los recursos de una lengua; [...] es contra esta inercia de lo consabido donde entendería que nos esmeráramos en luchar en nuestros escritos quienes cultivamos las disciplinas humanísticas. A los autores de panfletos los considero irrecuperables.

Que se insista en escribir sin «presuposiciones compartidas», es decir, en hablar claro, es siempre loable. Lo que no parece que lo sea tanto es mostrar tal falta de interés en «recuperar» a los autores de panfletos. Tanto más cuando, en su artículo, Pascual menciona repetidamente a Theodor Adorno y Manuel Sacristán, dos autores que fueron, además de filósofos, activos en política y, en ese sentido, escritores de panfletos. Desde juveniles escauceos falangistas la militancia política de Sacristán pasó por las filas clandestinas de los comunistas del PSUC y luego por el activismo ecologista en grupos como el Comité Antinuclear de Cataluña. Considerado como uno de los principales introductores de la lógica matemática y de otras tendencias filosóficas modernas en España, aparte de producir muchos textos académicos (originales y traducciones), Sacristán escribió también numerosos «panfletos». De hecho, con el título *Panfletos y materiales*, están publicados en la editorial Icaria varios volúmenes de su producción ensayística. Otro filósofo español al que sería difícil acusar de no escribir claro es Fernando Savater, que hace ya varias décadas publicó su *Panfleto contra el todo*. Incluso Albert Einstein publicó una vez en *Monthly Review* (mayo de 1949) un pequeño ensayo titulado «*Why socialism?*», que muestra claramente cómo el autor de la teoría de la relatividad también podía ser «panfletario».

Los panfletos y el asunto de la claridad de los textos se cruzan claramente en la obra de Orwell, autor que no cesa de ser traído a colación por gentes de posiciones muy opuestas en el espectro político. Sea la que fuere la consideración global que pueda hacerse sobre Eric Arthur Blair, lo que parece evidente es que cabe considerarlo como escritor de

panfletos y, por ejemplo, *The way to Wigan Pier* (*El camino a Wigan Pier* en la traducción española), una crónica sobre los mineros del norte de Inglaterra, es fácilmente calificable como panfleto socialista-obrerista. La famosa novela *Animal farm* (*Rebelión en la granja* en la versión traducida) podría definirse como un panfleto-fábula contra el bolchevismo. Obviamente, Orwell no necesita ser recuperado de nada en lo que se refiere a claridad de su prosa, pues además de ser esa una de las características más sobresalientes de su obra, el autor de *1984* puso énfasis a lo largo de toda su trayectoria en la necesidad de escribir con precisión, sin ambages ni circunloquios. De hecho, su ensayo *Politics and the English language* es básicamente un ataque contra el uso de jerga y palabrería en el lenguaje político. Tan lejos fue Orwell en esa vía que incluso incurrió, a juicio de algunos filósofos e intelectuales, en un peligroso abuso del sentido común que convertiría asuntos complejos en esquemas simplistas y superficiales. Conste que yo no suscribo esas críticas que ven sobre todo simpleza y simplismo en la obra orweliana, pero quizá valga la pena mencionarlas para hacer ver cómo a veces hablar llano y escribir claramente es presentado por algunos (que generalmente no lo hacen) como signo revelador de bobería o penuria de ideas. A este respecto quizá valga la pena mencionar en *Panace@* el caso del físico estadounidense Alan Sokal, que levantó mucha polvareda publicando en la revista *Social Text* un artículo que fue tomado originalmente como una defensa del posmodernismo cultural y filosófico. Poco después el propio Sokal envió a *Social Text* una carta (que la revista se negó a publicar) donde explicó que su artículo era una parodia para mostrar el abuso de la palabrería y de los términos científicos por parte de algunos intelectuales y filósofos, y la vaciedad teórica que se oculta detrás de discursos supuestamente profundos por oscuros. En un libro que se publicó originalmente en francés con el título de *Impostures intellectuelles* (hay versiones en castellano y catalán), el mismo Sokal se ha referido al «raciocinio chapucero» de posmodernistas, constructivistas sociales y relativistas cognitivos, amén de antiguos estructuralistas, grupos que entran en general en esa extensa categoría de autores cuyos textos, de sublime densidad verbal, producen dolor de cabeza o, más a menudo, la sensación de haber leído algo carente por completo de contenido.

En su artículo, Pascual comenta críticamente el uso por parte de Manuel Sacristán del término «cuadratidad» en una traducción de un texto filosófico de Quine. Aunque Pascual no lo dice, el término que usaba Quine en el original inglés

* Institute of Labor and Industrial Relations, Universidad de Michigan, Ann Arbor (Michigan, EE. UU). Dirección para correspondencia: jatapia@UMICH.EDU.

de *From a logical point of view* (Cambridge: Harvard University Press; 1964, pág. 76) era *squareness*. Pascual sugiere que la expresión «lo cuadrado» sería quizá más conveniente que «cuadratidad» para expresar el operador «clase de», ya que «cuadratidad» orienta al significado «que tiene la cualidad o condición de», no a lo que pertenece a la «clase de». Pero ese «lo cuadrado» hubiera sido en inglés *what is squared*, mientras que *squareness* tiene a mi juicio su correspondencia lógica con «cuadratidad» en castellano. El uso del sufijo *-idad* al que se refiere Pascual mencionando la «cuadratidad» de Quine-Sacristán me recordó una entrevista que vi hace muchos años, creo que en TVE, en la que el filósofo Xavier Zubiri pasó un buen rato hablando de la encineidad de las encinas. Y, en aquel caso, obviamente, «encineidad» no era una traducción del inglés. En cualquier caso, creo que el sufijo castellano *-(i)dad* (frialdad, sequedad, aceitosidad, mismidad, terquedad) es muchas veces adecuado para traducir el sufijo inglés *-ness* (*coldness, dryness, oiliness, sameness, stubbornness*). Que los términos contruidos con ese sufijo resulten (o no) «interesantes», eso es, claro está, harina de otro costal.

En *The end of utopia - Politics and culture in an age of apathy* (Nueva York: Basic Books; 1999), el historiador y crítico Russell Jacoby ha arremetido contra la vacuidad que, a menudo, tras una profusa verborrea se esconde en muchas de las publicaciones académicas que en años recientes se ocupan en Estados Unidos de los llamados «estudios culturales». En la literatura apologética del multiculturalismo a la que a menudo se dedican los académicos de tendencias posmodernas se defiende el interés de cosas tan banales como la publicidad televisiva, a las que se dedican en revistas especializadas sesudos análisis de decenas de páginas. Algunos autores, como Tony Judt, teorizan incluso lo apropiado que es que los intelectuales dejen de escribir en periódicos y revistas dirigidos al público general, ya que, según Judt, en estos medios no especializados se pierde el rigor y la profundidad del conocimiento especializado. Para Jacoby, lo que lamentablemente se esconde tras esta actitud es la incapacidad de decir cosas interesantes para el público general. Pero, ¿qué se puede decir que sea interesante cuando el objeto de estudio al que se dedican docenas de horas y de páginas es un anuncio o un fragmento de telenovela de pocos segundos? Jacoby afirma también que todo eso tiene mucho que ver con el pensamiento ahora predominante en muchos sectores intelectuales, para los que cualquier tipo de pensamiento utópico es solo vestigio dogmático de épocas antediluvianas, tiempos en los que los intelectuales, llamáranse Condorcet, Emerson, Sartre o Bertrand Russell, se permitían el lujo de criticar la realidad social, es decir, escribir panfletos. Hoy, bajo el pretexto del multiculturalismo y la diversidad, a menudo lo que hay es una abrumadora homogeneidad en la interpretación y la actitud frente a la sociedad, cuyas líneas fundamentales no pueden ser cuestionadas. Hace medio siglo

Albert Einstein se atrevía a opinar sobre la sociedad capitalista diciendo que el propósito del socialismo es dejar atrás la fase predatoria del desarrollo de la humanidad, idea que en nuestros tiempos pronto sería calificada de absurda o utópica (si no delirante). Einstein afirmaba también que la vida de cualquier hombre actual solo es posible por el trabajo y los logros pasados y actuales de miles de personas ocultas tras la palabra «sociedad», idea frente a la cual el consenso actual —lo que en España a menudo se califica como «pensamiento único»— iza la proclama thatcheriana de que no existe la sociedad, sino simplemente una suma de individuos. Todo esto me sugiere que, contrariamente a lo que piensa José Antonio Pascual, quizá el escribir «panfletos» pueda ser un buen método para forzar a los intelectuales a expresarse de forma inteligible. «The inability to write a sentence and the inability to make a frank political judgement might be related», dice Russell Jacoby.

Para acabar esta carta quiero mencionar algo que no entendí en el artículo de José Antonio Pascual, donde dice lo siguiente:

Veamos, para terminar, cómo en una opción tan aparentemente sencilla como es echar mano para la jerga filosófica de un derivado diacrónicamente marcado, perteneciente al léxico pasivo, como es *acaecimiento*, supone una serie de renunciaciones que un traductor ha de ponderar.

Esa frase parece demasiado larga y, a no ser que haya algo que se me escapa, el «en» que precede a «una opción» ha de ser eliminado (quizá es una errata o un lapsus calami) para que la expresión sea gramaticalmente correcta. Lo que queda entonces, eliminando la cláusula introductoria y algunas palabras prescindibles, es, pues, lo siguiente:

Echar mano para la jerga filosófica de un derivado diacrónicamente marcado, perteneciente al léxico pasivo, supone una serie de renunciaciones que un traductor ha de ponderar.

Algo así parece mucho más inteligible, sobre todo para quienes sepan qué es «un derivado diacrónicamente marcado, perteneciente al léxico pasivo». Conste que, lamentablemente, yo no pertenezco a tal grupo. ¿Seré un caso particular y anómalo entre los lectores de *Panace@*?

Una de las cosas que más me gustaron en el artículo de José Antonio Pascual fue la cita de *La Celestina*: «Deja, señor, esos rodeos, deja esas poesías, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que todos no entienden».

Un cordial saludo desde Michigan.